

Una nueva oportunidad¹

La higuera estéril

1. La Cuaresma es como una imagen de la vida. Así como el pueblo elegido peregrinó durante cuarenta años por el desierto antes de llegar a la Tierra Prometida, la Iglesia, cada uno de nosotros, todos los años también recorreremos el camino *de un nuevo éxodo a través del desierto cuaresmal*, antes de llegar a la montaña santa², antes de llegar a la celebración de la Pascua que, a su vez, es una imagen del Cielo.

Por eso, resulta muy atinado que en este ciclo se nos presente la parábola de la higuera estéril. La acabamos de escuchar. El dueño del campo va por tres años consecutivos en busca de fruto hasta que se cansa y manda que la corten para que no ocupe la tierra inútilmente. Es entonces cuando intercede el viñador: *Señor, déjala todavía este año; voy a aflojar la tierra alrededor y a echarle abono, para ver si da fruto. Si no, el año que viene la cortaré³.*

La parábola recuerda un suceso narrado en el segundo libro de los Reyes. Un día, el profeta Isaías recibe una iluminación de Dios. Acto seguido, se dirige con solemnidad al rey Ezequías para anunciarle que irremediablemente va a morir. El rey acostado y enfermo volvió su rostro contra la pared y oro al Señor diciendo: *Ay, Señor, recuerda que he caminado en tu presencia con fidelidad y sincero corazón, y he hecho lo que es agradable a tus ojos (...) y rompió a llorar.* Al poco rato el profeta volvió para decirle: *Esto dice el Señor, Dios de tu padre David: He escuchado tu oración, he visto tus lágrimas y Yo voy a curarte (...). Voy a añadir a tu vida quince años⁴.*

La higuera por una parte y el rey Ezequías por otra, recibieron esa especie de propina, una prórroga, una nueva oportunidad. Nosotros no podemos garantizar que tendremos esa gracia, no sabemos cuánto tiempo tenemos por delante. Es razonable suponer que los niños y jóvenes aquí presentes tendrán más tiempo de vida, por ejemplo, que los que somos mayores. Pero nadie puede afirmar, de modo absoluto, que vivirá siquiera un año más. Y lo cierto es que ya sea mucho o sea poco, es un tiempo delimitado y siempre breve, muy fugaz. Un tiempo que ordinariamente pasa más rápido de lo que quisiéramos.

El tiempo huye

2. En los relojes antiguos a veces se grababa una sabia sentencia: *Tempus fugit*, el tiempo huye. Con lo que se nos quería recordar a todos que el tiempo nunca se detiene y que tenemos que aprovecharlo bien. El reloj lo marca, pero de nosotros depende que dé buenos frutos⁵. *Ayer pasó* –reflexionaba san Josemaría-, *y el hoy está pasando. Mañana*

¹ Homilía III domingo de Cuaresma, ciclo C.

² Misal Romano, prefacio V de Cuaresma.

³ Evangelio, Lucas 13, 8-9.

⁴ 2 Reyes, 20, 1-6.

⁵ F. FERNÁNDEZ CARVAJAL, *El paso de la vida*, p. 114.

será pronto otro ayer. La duración de una vida es muy corta. Pero, ¿cuánto puede realizarse en este pequeño espacio, por amor de Dios!⁶

La Cuaresma, amados hermanos, es un tiempo de opciones, es una buena ocasión para revisar nuestras prioridades y asegurarnos de que están bien establecidas. ¿Le estoy dedicando el tiempo adecuado a cada uno de los aspectos de mi vida?, ¿hubo orden en el modo en que distribuí mi tiempo la semana pasada?, ¿es Dios lo más importante?, ¿cuido con esmero la atención de mi familia?

Recordar serenamente que vamos a morir, nos ofrece a todos una nueva luz para, en su caso, hacer las correcciones necesarias. El gran enigma de la muerte nos sobrecoge y, en cierto sentido, nos atemoriza. El constatar, a partir de cierta edad, que el cuerpo inevitablemente se va deteriorando, es desagradable. Pero no debemos caer en la fatalidad o en la desesperación. La fe nos abre horizontes consoladores. Si nos preguntáramos: *¿qué hay más allá del muro de sombra de la muerte?, ¿es esta (la muerte) el fin definitivo de la vida o existe algo que la supera?*⁷ Es el momento de abrir el evangelio de san Juan y escuchar a Cristo que nos dice: *Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí aunque haya muerto, vivirá; y todo aquel que está vivo y cree en mí no morirá para siempre*⁸.

“Gaudeamus igitur...”

3. Por tanto, si se acerca el momento de traspasar el umbral de la muerte, debemos confiar en que nos encontraremos con Jesucristo, a quien hemos intentado amar a lo largo de toda la vida. En ese momento definitivo acudamos a Él con total confianza: *Concédenos Señor –rezaba san Juan Pablo II- afrontar la muerte con ánimo sereno, sin pesadumbre por lo que dejamos. Porque al encontrarte a Ti, después de haberte buscado tanto, nos encontraremos con todo valor auténtico experimentado aquí en la tierra, junto a quienes nos han precedido en el signo de la fe y de la esperanza*⁹.

Una pequeña anécdota. En los comienzos de su pontificado, un numeroso grupo de estudiantes y profesores universitarios procedentes de buena parte del mundo, nos reunimos en el Vaticano con san Juan Pablo II. Fue un encuentro muy alegre y cordial en donde contamos algunas anécdotas, entonamos canciones, hubo algunas bromas y demás. Hacia el final, a los organizadores les pareció razonable entonar, a modo de despedida, uno de los himnos universitarios de mayor tradición en Europa, el *Gaudeamus igitur*. Pero sin caer en la cuenta que la antigua letra latina de ese conocido cántico medieval, incluía una afirmación abiertamente pagana: *Gaudeamus igitur, iuvenes dum sumus. Gaudeamus igitur, iuvenes dum sumus. Post iucundam juventuem, post molestim senectutem, nos habebit humus* (Alegrémonos pues, mientras somos jóvenes... ya que después de una alegre juventud y una molesta senectud, nos recibirá la tierra). Al terminar, comentó el

⁶ SAN JOSEMARÍA, *Amigos de Dios*, 52.

⁷ SAN JUAN PABLO II, *Carta a los ancianos*, n. 14.

⁸ *Juan* 11, 25-26.

⁹ SAN JUAN PABLO II, *Ibid.*, n. 18.

Papa algo así como: *Les quiero decir que no me gustó ese himno. Nosotros somos cristianos. Al fin de la vida, nosotros tendremos el Cielo, tendremos a Dios...*

Una bonita lección que no conviene olvidar. El Señor, buen agricultor, nos ofrece como a la higuera estéril, una nueva oportunidad. La que tenemos ahora. Vamos a aprovecharla para hacer el bien: ***para amar, para dar, para desagraviar...***¹⁰ y cuando nos llegue el momento final, podremos tener la certeza de que Jesús y su Madre bendita estarán ahí para recibirnos en el Cielo.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 24 de marzo de 2019.

¹⁰ SAN JOSEMARÍA, *ibid.*, 39.